

Número 20

Año I



MLLE. NEBBIA

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

25-AGOSTO-1899



❖ 15 céntimos ❖

SALÓN BLEU

31, ALCALÁ, 31

ESPECTÁCULOS POR SECCIONES

Couplets fin de siglo.—Canciones francesas.—Actualidad.—Bailes españoles.—Duetos.—Concierto.—Variedades.

Foyer de artistas.—Academia de baile.

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA
DE

F. BATRES

GLORIETA DE BILBAO, NUM. 5.—MADRID

Colores y barnices de las mejores fábricas nacionales y extranjeras.
Depósito general de los célebres **POLVOS LAIS**, cuyo uso corrige todas las alteraciones de la piel, á la que comunica embriagador aroma.

—PRECIOS ECONÓMICOS—

DISPONIBLE

AMADOR, FOTOGRAFO

FUERTA DEL SOL, 13.

Especialidad en ampliaciones y retratos de noche.

Hay ascensor.

DISPONIBLE

“EL FUNERAL.”

AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES

Fuencarral, 106. Teléfono 2.304.

Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso.

Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos.


DESPACHO PERMANENTE

FABIÁN MERINO

ENCUADERNADOR

Farmacia, 7.—Madrid.

Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.



EL ALBUM DE MADRID

25 DE AGOSTO DE 1899

BILBAO

...Sopla el Sur, lo que traducido al vizcaíno, equivale á decir que parecen apuntar hacia la villa heroica todas las bocas de fuego de las chimeneas de fábricas y fundiciones; la gente se arremolina en el puente que separa la ciudad vieja de la Gran Vía, soberbio arranque del ensanche. Va á salir el tren de Portugalete de la orilla izquierda de la ría; allá enfrente marchan, á quien puede más, los trenes de las Arenas y de Placencia y el tranvía de Algorta; y por el centro los remolcadores arrastran con serena magestad, rizando apenas las aguas del Nervión, varios barquichuelos atestados de bañistas.

El paseo á Portugalete es el mayor aliciente del forastero. Son catorce kilómetros de marcha vertiginosa entre humeantes fábricas, inmensas maquinarias, obras atrevidísimas que suspenden el ánimo, golpear de yunques ciclópeos, cascadas brillantes de chispas de fuego, cruzar desenfrenado de trenes que parecen despeñarse desde aquellas montañas envueltas en la bruma cenicienta,

fragores de hundimientos, al vaciarse las vagonetas de mineral en las entrañas de los buques...

¡El Desierto! Hace veinte años sólo se alzaba una casucha en todo aquel arenal amarillento y desmantelado. Trueba hizo un tiernísimo cantar que parecía una profecía, la inhospitalaria llanura es hoy bullicioso y bien alineado caserío.

Entramos en plena zona tórrida; los obreros de los Altos Hornos y de la Vizcaya van y vienen por entre un laberinto de ruedas, ejes, volantes, émbolos y motores monstruosos; por el suelo corre un río de hierro fundido; allá, en el fondo, colosales martillos cogen el bloque ardiente y le golpean con frenético empuje, derramando palmas de fuego, de las que se defiende el obrero haciendo increíbles movimientos de destreza. La atmósfera es caliginosa, pesada, asfixiante, al sudor copioso de vuestras mejillas se agarran partículas de hierro que os convierten en pocos minutos de rubio sonrosado en negro bozal.

El tren sigue su marcha victoriosa por entre aquel laberinto. Desde la plataforma contemplais con espanto otro tren que avanza; con sacar un poco la cabeza podeis cambiar un beso mortal con aquella linda jovencilla que vuelve de la playa; las dos máquinas soplan con orgullo sus sirenas y la visión pasa como un fantasma de pesadilla...

El fragor de las maquinarias queda atrás envuelto en los nubarrones del humo de los hornos; con el cual lucha á intervalos el



blanquecino resplandor del acero fundido. Una campana volteada por impacientes manos da la señal de alto el trabajo en el Astillero; del vientre de aquellos barcos acostados melancólicamente en la ría, sale un hormiguero de gente; son los obreros con sus blusas azules y sus taleguillos de la comida al brazo, que van en busca de reposo. Cesa el ruido en los talleres inmensos donde se construyen aquellos brutales cañones y aquellas delicadas piezas que requieren la prolijidad y el esmero de una obra de relojería.

Más adelante la bocina llama á los pasajeros que descen cruzar la ría en el puente Palacio; una obra gigantesca que produce escalofríos de entusiasmo al considerar que es producto del genio español.

En un minuto, la vagoneta, especie de jaula colgada del atrevido tramo metálico, os pasa de una á otra orilla con dulces balanceos de cuna...



Un recodo del camino hace cambiar bruscamente la decoración. El horizonte, manchado más abajo de tonos grises sucios, aparece ya limpio, azul, esplendoroso. A la izquierda, una línea de coquetones hoteles acuña en Portugalete; á la derecha, las casetas de la playa de las Arenas semejan un ejército en correcta formación.

Enfrente el mar inmenso y rumoroso; espejo de un cielo sin nubes, envía con galante mansedumbre rizadas ondas hasta la menuda arena.

Las cabezas de los bañistas asoman como puntitos negros sobre

la blanca é inquieta espuma de las aguas. La brisa trae rumores alegres de carcajadas y retazos juveniles.

Poco á poco, el sol, como inmenso bloque ardiendo de los que dejamos atrás, va cayendo sobre las olas. Su último destello tiñe el mar de un matiz anaranjado. Allá, en el límite, asoma un barco. Parece una golondrina visto desde el muelle Churruca, especie de lanceta agudísima que sangra al monstruo; más cerca, una bandada de gaviotas pasa dando graznidos y se refugia en las peñas,



Es de noche. El rumor del mar es más majestuoso y terrible. A la espalda ha quedado la ciudad con su vida agitada y turbulenta de población inglesa. La orilla izquierda del Nervión parece un volcán enviando incessantes llamaradas á las nubes.

Desde la balconada inmensa del muelle, contemplando el parpadeo eterno del salvador faro, se experimentan hondas é inexplicables nostalgias, afanes extraños que espolean el ánimo, tristezas amargas y desesperadas que hacen desear en algún momento de calenturiento desvarío, ó no se si de perfecta lucidez, que las olas empujen todo aquel científico armatoste y nos lleven lejos de los aturridos ruidos del mundo, lejos de las luchas, de las miserias, de las quimeras de los hombres, allá hasta la línea del horizonte donde el mar y el cielo se funden en un solo azul, libre de impurezas, dándose un abrazo infinito...

EDUARDO MUÑOZ.



MLLE. LISSE FLEURON

DE MI TIERRA

(ENTRE ANDALUCES)

La escena pasa en Sevilla entre el Chirimba y el Cate. Ambos venden chocolate y guantes de cabritilla.

—¿Repara usted camará, dicen á la vez los dos, que esta mañana ni Dios se acerca á comprarnos ná?

—¡Digo! Pues quién no lo nota si llevo aquí medio día y no he vendido entoaavía ni tan siquiera una mota.

—Compare esto es una ruete, yo no puedo aguantar esto. Debemos cambiar de cesto á ver si cambia la suerte.

—¿Vamos á jaserlo ó qué? No le paese á usted tío Cate? Usté me da el chocolate y yo los guantes á usted.

—Me paese bien, trato jecho tome y venga sin demora. Ya sabe usted, desde ahora El compromiso es estrecho.

—Por mí se lo juro á fé.

—Ja, ja, ja, ¡cuánto me admira! hombre me paese mentira que se la haya dao á usted mismamente que á un chiquillo. ¡So pampili!

—¿Usté á mi tío Cate?
—Pos claro; si el chocolate cada libra es un ladrillo.

—A usted si que se la he dao, y no se yo quien más pierda, pues son de la mano izquierda los guantes que le he cambiao.

ALFREDO RIVERA.

CHISPAS

Atropellos, catástrofes, miserias, crímenes, impiedad;
O el mundo retrocede á la barbarie, ó á la locura va.

Un nombre el patriotismo; la justicia una incógnita más;
el amor un ensueño; una quimera la gloria terrenal.

¿Es que á todos los dioses les aguarda la suerte del dios Pan?

No me des agua bendita cuando salgas de la iglesia que me la pongo en la frente y la frente se me quema.

MANUEL DEL PALACIO

Menudencias.

Estando en el frontón Don Luis Madrazo le dieron en un ojo un pelotazo, y al pasar por la calle un tal Perojo una pelota le pegó en un ojo; resultando de aquellos accidentes que perdieron los ojos los paientes.

Aconsejo al que vaya á los frontones ó á sus inmediaciones si no quiere perderlos de una rassa, que se deje los ojos en su casa.

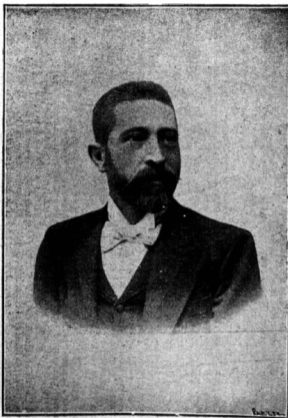
Don Andrés Pérez de Olivo, jugador de los expertos, dice á todos que es un vivo porque levanta los muertos.

—
Mi buen amigo Vicente que es hombre de buen humor, diz que no paga á la gente jamás, religiosamente, porque es libre pensador.

—
Conozco yo personas que por temperamento son gorronas, y afirmo, aunque sus iras se desborden, que esos son sinvergüenzas de real orden, pues sabían á diestro y á siniestro como Pini, ese celebre nuestro.

A esas gentes que son desvergonzadas dariales con placer de bofetadas; pero no puede ser tal rigorismo porque yo hago lo mismo.

A. R.



D. ELEUTERIO DELGADO

ALBUM DEL VERANO

EL INCENDIO

¡Cómo salió el sol aquel día! Era una ladera de las últimas estribaciones del Guadarrama. Un ligero vapor blanco subió desde la lejana cima de dentelladas montañas azules. Cambio completo de decoración y de colores. Lo negro se azulaba, lo azul adquiría entonaciones de rosa, las tintas claras se incendiaban, lo amarillo hormigueaba con la agitación de mil pajiillas de oro... Al llegar el sol, los colores parecían vivir, agitarse, estremecerse como el agua al soplar el aire. ¡Lo inanimado adquiría vida, y las líneas de árboles negruzcos que allá abajo anunciaban la proximidad del día dejaban pasar oleadas de viento perfumoso y húmedo!...

Perico volvía a su casa con la alforja al hombro y vacía. Venía del hato de ovejas de llevar al pastor su avío de la semana. Perico tenía diez años y a los diez años el campo es siempre la casa donde más a gusto se vive. No le atormentaban esos temores ridículos del niño de las grandes ciudades; estaba familiarizado con todos los ruidos de la soledad, y sabía traducir el ignoto y triste monólogo de los campos dormidos bajo la gran sábana dorada del sol. Aquella senda de conijos que serpenteaba entre los tomillares, la sabía Perico de memoria. En aquellas grandes zarzas tenía su nido el cuchillo y desde el vecino retamo, picoteando las flores amarillas, cantaba sin cesar sus dos notas que son una pregunta eterna: *¿Qué? ¿Qué?* Sabía que aquel chasquido que parte el silencio áspereamente es el cántico desagradable de la zamarra pastora; y cuando de rato en rato una esquila cencerruna dominaba todo el conjunto desconcertado de los ruidos del campo, Perico se decía:

—¡Cerca estoy de casa! Ya sale al pasto la *Orejuda*.

La *Orejuda* era una vaca, a cuyas blancas ubres aflua un dulce río de salud.

El padre de Perico, los hermanos de Perico se marchaban entonces a la trilla. Era un ejército de hombres laboriosos y de mujeres forzadas. Jamás se durmieron con el sueño criminal de

la pereza. La casa quedaba casi sola. Ese *casi* de compañía le formaban Perico y Malda, su hermanilla más chica, un renacuajo en cuyo cuerpo de muñeca vibraban tan vívidos los átomos animadores de este pueblo, que apenas sabía hablar y ya bailaba el jaleo sobre una mesa.

Llovía, llovía... llovía fuego. La atmósfera conducía corrientes de ascuas. Una pesantez abrumaba la vida. Un rebaño de ovejas arrimaba a una tapia de adobes sus cabezas, buscando en vano una sombra. Un arbol solo, apostado y seco, diseñaba en el suelo la sombra irrisoria de sus cinco ramas sin verdura, como el varillaje de un paraguas sin tela. La cigarra cantaba entre los tallos del sembrado, y la última rana que en un sorbo de agua caliente había sobrevivido a la evaporación de fuentes, arroyos y ríos, cuareaba desesperadamente, pidiendo a toda prisa que regasen su sepultura.

Hasta la misma casa, con sus puertas derrengadas, con sus corrales de desmanteladas paredes, con su tejado frito de tejas y lleno de combas, con sus guirnaldas de parrá seco que daban vueltas a las cuatro fachadas, con su chimenea que arrojaba un humo negro que se quedaba suspendido en el aire, como sin fuerzas adormecidos ó ahogados... Tenía el aspecto de una vida sofocada, de un ser que sufría la agonía lenta de la asfixia. Sólo en el portal de la casa se respiraba, y allí estaban los dos niños, y un gallo negro, de ojos como rubies y cresta de escalarta. Perico componía una jaula de grillos, y Malda (Romualda debía ser su verdadero nombre), puestas ambas manos en la cintura, abiertos los ojos, inmóviles las rubias pestañas, que daban aún más luz a sus pupilas azuladas y a su chata fisonomía llena de gracia, miraba andar sobre la mesa al negro coleóptero sin atreverse a tocarlo. Era ocupación sería la de Perico; entretenimiento embriagador el de Malda; cortas las diez horas que del día restaban para agotar la actividad del chico y la curiosidad de la pequeña; á aquél enderezando los alambres de la jaula y á ésta oyendo cantar al grillo, les sorprendió el crepúsculo.

Un detalle de pavor turbó aquella inocente tranquilidad, propia

sólo de la cuna ó del nido. Un mendigo se acercó á pedir limosnas: Una vieja asquerosa le seguía. Los niños se asustaron y huyeron á las habitaciones altas de la casa... Desqués Perico y Malda volvieron al portal riéndose de su susto.

El día de calor tenía por remate una noche sin fresco. El campo, iluminado por un mísero menguante de luna, parecía cubierto de ceniza.

El gallo negro entraba y salía en el portal picoteando el suelo; pero sin comer los granos que la abundancia pletórica del granero dejaba escapar por entre sus mal juntas tablas. Miraba gravemente á los niños, como si quisiese dárles un consejo; cuando fué de noche cacareó el toque de retirada y se subió á su palo para dormir; pero no dormía, sino que enderezado sobre una pata miraba á la puerta alargando su cuello con susto é inquietud. Malda se había rendido al sueño. Perico se sentó en un banco de pino y encerró al grillo que dejaba oír su estúpido sonsonete metálico. Durmíose, al fin, con la frente sudosa y los ojos llenos de imaginarias procesiones de puntos de oro que lucían sobre un cielo negro.

Entonces entró en el portal un nuevo personaje, un ser negro, sin forma, vago, que se subía sobre los muebles, trepaba lentamente por la pared, se adhería á la cal del techo y engrosaba poco á poco. Se acercó á los niños dormidos y quiso besar los labios de Malda, que eran rojos y húmedos, como una herida abierta en una cereza, y la hizo toser. Se aproximó rápidamente al gallo negro, y el gallo negro aleteó asustado... Después entró otro personaje, aun más negro que el primero, pero igual á él en todo; y un segundo más tarde siguió una procesión de los mismos fantasmas, algunas de las cuales, las últimas, se empujaban para penetrar antes, soplaban con furia y sacaban de sus calientes entrañas largas lenguas de fuego... Un imprevisto golpe de aire agitó esta legión de horrendos fantasmas, los columpió, los hizo estremecerse y de sus cuerpos brotó una explosión de llamas. ¡Era el incendio! La casa ardía. Columnas de humo invadían todas las estan-

cias... Los niños despertáronse aterrados, en pleno axfixia. Quisieron correr y no hallaron las puertas, sino una compacta y densísima masa de humo caliente que surcaban relámpagos de llamas. El gallo negro aleteaba, brincaba y graznaba asustado; arañaba las paredes con sus alas y sus patas; cala al suelo golpeado y sin fuerza... Los niños se abrasaron... El viento—¡traidor infame!—había dormido hasta entonces; pero entonces despertó y envolvió la casa en un torbellino de corrientes contrarias que acentuaron el fuego. El pajar estalló como un polvorín y el endeble tejado se levantó dejando salir torrente de aristas inflamadas. Un volcán de piedras preciosas, un arroyo desbordado de polvo solar. La bodega se inundaba de vino; las tenajas reventaban una á una como enormes petardos. Un golpe de llamas violadas y azules indicó que la alquitara del alcohol se había consumido... Empezó el desplome... Fué rápido, incensate. Los maderos se estremecían como si quisieran huir; los pies derechos se retorcian, y ennegrecidos venían abajo...

¿Queréis que todo os lo refiere? Fué tan veloz la catástrofe que el estilo más rápido no basta á apoderarse de sus detalles.

—Pero ¿y los niños?—preguntaréis acaso.

—Oíd.

De entre aquel enorme brasero salieron dos manchas blancas que volaban con alas de arcángel. Eran como dos sudarios: no, más bien eran dos girones de gasa... Corrieron por el horizonte, cruzaron el río, llegaron á un monte, y cerca de sus tapias se detuvieron. Allí estaban un hombre y una mujer sentados: eran un andrango innoble y asqueroso sus trajes. Tenían el lujo del harapo. Hediondas sus personas, cínicos sus rostros... Los dos girones de gasa se estremecieron y de sus pliegues salieron estas palabras: —¡Mira, hermano Perico!... ¡Los incendiarios!

Y las dos manchas blancas se desvanecieron en lo azul como si las hubiesen borrado.

J. ORTEGA MUNILLA.



M^{lle}. CLARA WARD



Mlle. VELERY

ECONOMÍAS

Los ministros insisten en lo de las economías y aseguran que reducirán el presupuesto de gastos hasta llegar á la nivelación, caiga el que caiga.

Es decir, los que tienen buenas recomendaciones no caen nunca; pero hay que hacer constar que el ministerio no se casa con nadie.

En este país es imposible proceder con justicia y llegar á la soñada realización del bien. El hombre más independiente, el economista más radical, el espíritu más recto, véase al fin y al cabo en la dura necesidad de transigir.

Llega un día en que el ministro, después de mucho meditar, resuelve reducir los gastos y llama al jefe del personal para decirle:

—Regúlez: quiero reformar la plantilla y por de pronto hay que suprimir una plaza de jefe de administración de segunda clase.

Regúlez, que es un funcionario viejo y conoce como nadie el teje-maneje de la oficina, sonríe y calla.

Es indispensable—añade el ministro.—Ante todo están los intereses patrios. Yo creo que la plaza de Solomillo, el del negociado central es perfectamente inútil. ¿Para qué sirve ese Solomillo, que ni viene á la oficina ni hace otra cosa más que quejarse del viento?

Regúlez no osa contrariar al ministro en los primeros momentos; pero frunce las cejas y dice con fingida conformidad:

—Buéno, haga usted lo que guste.

Después sale del despacho del jefe, se pone los anteojos coge papel y pluma y escribe á Solomillo en estos términos:

«Hay novedades. Busque usted una recomendación eficaz porque yo, á pesar de mi buen deseo, no sé si podré contener el golpe.»

Y ya tienen ustedes á Solomillo: poniendo pies en pared y resolviendo á Roma con Santiago para que no se realice la proyectada suspensión.

El ministro, animado siempre por el deseo de las economías se levanta á las ocho y pide el chocolate.

—¿El señor lo quiere con buñuelos?—le pregunta el criado.

—No, no—contesta el burócrata.—Tráemelo con pan sencillo. Quiero empezar dando ejemplo porque no estamos en situación de entregarnos al lujo.

Cuando no ha hecho más que comerse la primera sopa, aparece en el comedor un personaje de campanillas con hongo y traje de mañana, el físico alterado y los pelos en desorden.

Usted dispense que venga á estas horas—dice el recién llegado—pero acabo de saber que trata usted de suprimir á Solomillo, y eso no es posible; tanto que he venido tal cual estaba en mi casa, antes de que publique usted el decreto de supresión.

—Pero...

—Solomillo lleva treinta y ocho años en el ministerio.

—Razón de más para que lo dejemos cesante. ¿Le parece á usted que no ha percibido bastantes pesetas?

—Buéno; pero tiene usted que saber que Solomillo es una persona excelente muy bien relacionada y muy querida en todas partes. En el teatro de la Condesa del Felpudo hacía los papeles de barba mejor que cualquier cómico. Además la esposa de Solomillo tuvo en los brazos al presidente del Consejo cuando era chiquitín.

El ministro no dice que sí ni que no; pero traga el chocolate á disgusto y se va al ministerio preocupado. Allí lo enteran de que en la secretaría se han recibido nueve cartas recomendando á Solomillo y además se le presenta Martínez, vicepresidente del comité y Alvarez, elector poderoso y Guzmán, senador vitalicio, y Chivalete, director propietario de *El Sibelista Desinteresado*, periódico ministerial, y todos le dicen que Solomillo no puede quedar cesante, porque le han respetado todos los Gobiernos y

sería verdaderamente escandaloso que le vieran por ahí sin sueldo y sin gabán de pieles.

El ministro recapacita, duda, se muerde el dedo gordo, y antes de mandar que se extienda el decreto de supresión piensa en los infinitos disgustos que le va a ocasionar la cesantía de Solomillo y en las muchas exigencias de la política, hasta que al fin, abur-

rido y estrechado por unos y por otros llama al jefe del personal y le dice:

—Deje usted en suspenso lo de Solomillo; es decir, vea usted si hay manera de ascenderle... Lo mejor será que suprima usted dos plazas de escribiente y con esa economía puede usted aumentar diez mil reales al sueldo de Solomillo.

Luis TABOADA.

A

Tienes los ojos negros,
la tez morena,
y tus hermosos dientes,
son finas perlas.
Y es tu sonrisa,
nido de los amores,
cielo de dichas.

Es flexible tu talle,
amplio tu seno,
y tus brillantes ojos
despiden fuego.
De tus mejillas,
la amapola y la rosa
tienen envidia,

Dueña del alma mía,
calma mis penas,
escucha mis canciones,
oye mis quejas.
No me desprecies,
que como yo te quiero,
nadie te quiere.

Escucha las canciones
que el pecho mío,
te dirige anhelante
de amor henchido.
Prenda adorada,
que dichoso sería
si tú me amaras.

Por ser pura y hermosa
eres mi anhelo,
y de este mundo el ser,
que yo más quiero,
El que más amo,
el que con sus ojillos,
me ha enamorado.

Eres dueña y señora
del alma mía,
y mi amoroso pecho
por tí suspira.
[Dulce cariño!
si tú me quieres yo quiero,
morir contigo.

ARTURO G. CARRAFFA.

Valladolid 18 de Agosto de 1890.

¡Al fin mujer!

Negro el cabello, frente altiva y pura,
ojos negros de límpida mirada,
nariz correctamente delineada,
garganta de perfecta curvatura;
de perlas la admirable dentadura
dentro de labios de coral guardada,
blanca la tez, suave y sonrosada.
bien formada y esbelta la figura.

Al ideal de la belleza toca
esta sublime creación del cielo,
ser que adora mi ser con ansia loca...

Mas no corráis de la materia el velo
pues tiene un corazón duro cual roca,
y un alma á cuyo lado quema el hielo...

A. M. O.



MLLE. DARLING

LETREROS MATRITENSES

II

Muchos pintores empiezan á pintar un rótulo en una muestra sin calcular, ni por lo más remoto, si faltará ó sobrá el espacio para lo que han de poner. La simetría es para ellos lo mismo que la ortografía; cosas incomprensibles y hasta perjudiciales.

No es que cueste gran trabajo medir el espacio, contar las letras y distribuir las de modo que se lean bien las palabras, sino que á la mayoría de estos pintores no se les alcanza que haga falta ocuparse en tales pequeñeces, y pintan como en un barbecho; anchas y bien espaciadas las primeras letras, y apretadas, estrechas y alguna que otra de menos hacia el final de la muestra.

Véase la que tiene una tienda de la calle del Espíritu Santo:

26 HUEVERIA YCACHARRE^{IA}₂₆

Por milagro, sin duda, no se les ocurrió al dueño de la tienda ó al pintor que, poniendo la última E entre las dos erres, quedaba casi bien.

En el núm. 35 de la de San Vicente hay una carbonería en donde venden, según anuncian dos grandes letreros pintados en la pared, varias clases de carbón, leñas y ANTRACOLITA.

Tal vez sea este combustible lo que en otras carbonerías llaman *antracita*, con hache en alguna de ellas.

Debajo de la *antracolita* hay una advertencia, pintada, al parecer, por algún dependiente de la carbonería, que dice lo siguiente:

SE ENPIEZA EL DOMIN
CO A LAS 3S i HACE
BUEN DIA

Otro de los rótulos que tengo á mano, también de esta calle, es un cartelito que hay que mirar con lente, no por lo pequeño, sino por la manera de decir lo que se propusieron al escribirle:

SE PEINAN
SEÑORAS ARRE
AL

Entre tantos coleccionistas como hay para todo, se echa de menos alguno que se dedique á adquirir estas obras maestras de la barbarie. No habría mucha dificultad para que las firmasen sus autores, y resultarían ejemplares en abundancia para formar con ellos un museo curioso, en cierto modo.

Una sección de este museo podría destinarse para los anuncios y reclamos de los comerciantes, pues aunque anden tipógrafos por medio, siempre se desliza algún gazapo que deja ver lo *letrado* que es el anunciante.

Vaya una noticia tomada de uno de los periódicos mejor escritos de España: «Hoy han salido con dirección á París y Londres los muy conocidos y acreditados industriales en calzado Sres. Tal y Tal, á por los últimos modelos para la próxima temporada de invierno.»

Algo de culpa corresponde al corrector que no debió dejar pasar ese á POR que parte los corazones.

MARTANO FEBIN.

Tragedias callejeras

Dieron las ocho de la noche. De una noche soporífera y caliginosa, cuya pesadez de plomo derretido sólo son capaces de sentir los que habitan en Madrid durante la canícula. Como colmena que se desparrama, salieron en regocijado grupo las oficiales de un taller de modistería de la calle de Serrano, y juntas fueron hasta que, al llegar á la de Goya, cada una tomó el rumbo que había de conducir las á sus domicilios respectivos.

Una solamente, después de recorrer con la mirada aquellos parajes, sin encontrar, por lo visto, lo que se proponía, quedóse parada en la esquina, después de despedirse de sus compañeras, que de vez en cuando volvían la cabeza, dirigiéndola miradas maliciosas. Ella respondía sonriendo, mientras que, sin tratar de ocultar su impaciencia, hería las losas de la acera con el menudo pie, calzado con uno de esos zapatos bajos de lona blanca, que tanto agraciaban sobre una media negra, cuando los pies á que sirven de ornato están exentos de apófisis y antiestéticas angulosidades.

Su tocado era sencillo, pero respiraba no sólo exquisita limpieza, sino cierta coquetería, que en ciertas hijas del pueblo, poseídas de su belleza, es muy frecuente observar. La blanquísima falda de *percal planchao*, la sutil blusa de batista celeste y el negro velillo artísticamente sugetado sobre la oscura cabellera, eran más en ella, que en otras sedas y brocados, blondas y pedería.

Un destemplado violín, acompañado por los acordes de cascajos piano, comenzó á preludiar los rancios y cursilones valeses *Sobre las olas* en un café próximo; esto distrajo un poco á la hermosa impaciente, cuyo corazón juvenil aninóse al escuchar el ruido que aquellos nada aventajados émulos de Paganini y Rubinstein, producían.

Al cabo de un rato, vióse llegar, sin gran precipitación, ciertamente, un joven, tipo perfecto del señorito achulado; traje claro

de no muy larga chaqueta y ajustado pantalón; chaleco sustituido por ancha faja de seda granate, sombrero cordobés y botas de color. Un veguero humeaba en su siniestra mano, en cuyo dedo meñique lanzaban vívidos resplandores varias sortijas de alto precio.

La placentera sonrisa con que fué advertida su proximidad por la desconocida, no dejó lugar á dudas respecto á la impresión que en su ánimo causaba el que á pocos pasos de ella se veía: era su novio, y estaba, como vulgarmente se dice, *muertecito* por él.

—¿Cuánto has tardado Pepel!—dijo en son de cariñoso reproche: todos sus propósitos de desbordar en frases enojadas su mal contenida impaciencia de antes, convirtiéronse en esta frase, que más de regocijado saludo que de reprensión tenía.

—Y gracias que he venido—contestó el recién llegado, chupando el cigarro con gesto mezcla de desenfado y displicencia.—Porque la verdad, Amarpito, ya te lo indiqué el otro día, y hoy te lo digo francamente, pues á mi me gustan las cosas claras: es preciso que esto se acabe.

Una nube roja pasó ante la vista de la muchacha, que tuvo que apoyarse en la farola, junto á la cual estaba, para no caer, al oír el brutal exordio del mancebo. Y ante su imaginación, en tumultuoso tropel, desfilaron to las las venturas que habíala proporcionado aquel hombre, en quien depositó, desde un principio, su cariño sin límites, su fe ciega...

—¿Qué es lo que quieres decir?—suspiró al cabo de unos instantes.

—¡Nada, chica, no te amilanes por tan poco! Lo que yo te he querido, bien lo sabes; pero, una cosa es el cariño y otra las conveniencias: yo no me puedo casar contigo, porque ni á mí me iría cuenta, ni á ti te agradaría que en un momento de enfado te lo echase en cara alguna vez... Además, sábelo, voy á casarme, y mi boda estaba convenida ya hace tiempo... Pero no te apures, y dame la mano de amigos, que eso no quiere decir que no nos veamos, ni que yo haya dejado de quererte...

Y cogiéndola la diestra, que inerte pendía á lo largo de su cuerpo, se la apretó sin que ella opusiera el menor obstáculo, ni pareciese notar nada de cuanto la rodeaba. Después de esto, y sin aguardar una contestación, que realmente, para nada le hacía falta, separóse de su víctima el miserable.

Amparo permaneció unos momentos inmóvil: después, como un cadáver que anduviese, dirigió su paso hacia el centro de la calle.

Un tranvía eléctrico, de esos que vienen á ser *atrasados adelantos*, según lo rancio é imperfecto de su mecanismo, atravesaba en aquel momento: el conductor, para advertir el paso del vehículo á los transeúntes, daba con el pie en el botón que hace vibrar la sonora campana colocada debajo del carruaje, redoblando más y más sus señales, acompañadas de tal ó cual denuesto, al ver que Amparo avanzaba imposible, aproximándose de tal manera á los

rails, que el conductor echó mano al freno para detener el tranvía. Cuando pudo conseguirlo, ya era tarde. La barrera que á modo de irrisorio salvavidas lleva en su parte inferior el pesado armatoste, trituró el cuerpo de la infeliz muchacha que sólo pudo ser sacada sin vida debajo de las ruedas.

¿Fue sólo efecto de la abstracción en que se hallaba, no advertir la presencia del tranvía é inconscientemente caer bajo su mole? ¿Fue desesperación de su amor escarnecido, ó la triste perspectiva de la deshonra que acaso llevase aneja el abandono del que tal vez era su amante? No se llegó á saber: sólo pudo verse su hermoso cuerpo magullado y deforme, enmedio de aglomerado gentío que en tales casos nunca escusea, mientras los desafinados instrumentos del café cercano ejecutaban la *coda* de los chabacanos valeses...

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

SOY DISCRETO

No he de hablarte de flores, soy discreto, pues si tienes el cutis sonrosado y la atención de todos has llamado, del color de tu rostro, sé el secreto. La verdad de mi pluma se desliza no quiero descubrirte, hermosa Pepa, diciendo los defectos (que yo sepa puedo jurar por Dios que eres melliza.) Aunque recuerdo y se, guardo silencio no quiero recordarte, amiga mía, la diablura que hiciste cierto día con aquel viejo verde (Don Prudencio.) Tampoco he de decir, porque es sabido,

que sales de tu casa á todas horas; por conseguir vencer al que enamoras.

¿Serás una vez más angel caído?

No intento recordar aquel exceso cometido en Calaf con un teniente.

Te quiero demostrar que soy prudente y me callo también que diste un beso á cierto barbilindo aragonés.

Tú no ignoras que yo todo lo cazo, sin querer presencié lo del abrazo y que á poquito más... pierdes los pies.

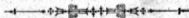
Que un pollo sin rubor, con malas tretas cierta noche te puso en un aprieto diciendo que afirmaba otro sujeto enseñabas al novio tus calcetas.

Callaré por virtud, que me han contado de tí cosas feroces: que tenías, entre muchas imbéciles manías, la de llevar corsé deteriorado.

Yo no quiero decir, aunque lo vea, que ¡ muchos dijeron que eras guspa, si raspan los colores, es un mapa tu cara paliducha, tosca y fea...

De tí ya no sé más. Guardo secreto sellando estos mis labios pecadores y así podrás decir, que entre señores, ninguno es como yo, *fiel y discreto*.

ENRIQUE PELÁEZ.



D. Eleuterio Delgado

Nació el Sr. Delgado en Sangarcía, pueblo de la provincia de Segovia, el año 1851. En el Instituto de esta capital estudió la segunda enseñanza y en la Universidad Central la carrera de Derecho.

Terminados sus estudios con gran aprovechamiento, hizo oposiciones á las plazas de letrados de Hacienda, que hoy constituyen el Cuerpo de Abogados del Estado, y obtuvo una, gracias á su talento, á su ilustración y á su indiscutible mérito.

La provincia de Segovia repetidas veces, y con extraordinaria insistencia, ha pretendido llevarle al Congreso de los Diputados, y el Sr. Delgado se ha negado, hasta ahora, á aceptar la representación en Cortes de su provincia, contrariando los deseos de sus paisanos y los suyos propios.

Suponemos que no persistirá en esa idea y esta suposición nuestra se funda principalmente en que los hombres grandes que por sus talentos y sus méritos en el mundo de los negocios y dentro de la esfera de acción de las grandes empresas, han alcanzado reputación sólida y justa fama, no pueden negarse á prestar poderoso auxilio y su concurso directo, cuando ese concurso y ese auxilio los demandan las exigencias ó las necesidades de la Patria.

Los hombres que, como el Sr. Delgado, por su saber y por sus condiciones de ca-

rácter y de integridad, pueden prestar grandes servicios á la nación, no deben permanecer alejados de la política y mucho menos del Parlamento.

En la actualidad desempeña el importante cargo de Director-gerente de la Compañía Arrendataria de Tabacos, cuyo portentoso desarrollo se debe en gran parte á la iniciativa, el acierto y la competencia del Sr. Delgado.

IMPORTANTE

Suplicamos á los señores correspondientes que están en descubierto con esta Administración, procuren ponerse al corriente antes del próximo número, pues de no verificarlo así, nos veremos precisados á publicar sus nombres en la lista permanente de deudores.

Se admiten anuncios en esta Administración á precios convencionales.

Las fotografías de artistas que publicamos en el presente número nos han sido facilitadas por la casa Huggens y Acosta, de Madrid, Barquillo, núm. 3.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

LISTA PERMANENTE

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Alcalá de Henares.—Julian Lobo.

Alcoy.—Miguel Escobedo.

Ávila.—Bruno Sancho.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Santander.—J. C. Meléndez Valdor.

Sevilla.—R. Morilla.

Toledo.—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

IMP. PARTICULARES DE EL ALBUM DE MADRID

VILLANUEVA, 17

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid



Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

